

*Stoffel en España. Una respuesta a Joël Le Gall**

JOAQUÍN GÓMEZ-PANTOJA
Universidad de Alcalá de Henares

RESUMEN

Este artículo responde a algunas cuestiones suscitadas en esta misma revista por J. Le Gall acerca de las investigaciones del Coronel Stoffel en España sobre las campañas de Julio César.

ABSTRACT

This paper tries to answer some questions raised by J. Le Gall in a past issue of *Gerión*. The topic is Col. Stoffel's research on the battles of Ilerda and Munda and his asking the Spanish Army for help to solve some cartographical problems.

Europa está fascinada con César, al que considera el prototipo del buen amante y gran estadista¹. Tal afición no requiere demasiadas justificaciones: los asuntos del corazón atraen universalmente, mientras que lo que se llama «el pensamiento europeo» se inclina siempre hacia la política y el arte del gobierno, del mismo modo que acostumbra a buscar en el pasado las pistas del porvenir: «la Historia... interroga a los muertos en función de los vivos»². Así, muchos contemporáneos vieron los sucesos posteriores a la Revolución francesa como un trasunto de los años finales de la República romana y, a partir de 1830, una vez olvidados y asumidos los horrores y trastornos del período napoleónico, la figura de César encontró audiencia en todos los círculos políticos e

* Este artículo presenta algunos resultados del proyecto de investigación *El Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares y su utilidad documental para los estudios de Historia Antigua y Medieval de España*, financiado con fondos de la Universidad de Alcalá de Henares del año 1993.

¹ Remito al insuperado Fr. Gundolf, *Caesar. Geschichte seines Ruhms*, Berlín, 1926² (trad. franc. París, 1933), donde se muestra cómo, desde el primer Renacimiento italiano, César y sus escritos han configurado lo que ahora llamamos el pensamiento occidental.

² L. Febvre, *Combats pour l'histoire*, París, 1965², 437.

intelectuales de la época, fuera cual fuera su tendencia: los conservadores la emplearon como freno de las emergentes ideas democráticas y liberales, mientras que los partidarios de éstas gustaban presentar al personaje como el destructor de la monarquía dinástica y de la sociedad estamental, es decir, de las bases sustentadoras del Antiguo Régimen.

No resulta extraño, pues, que la historiografía del siglo pasado viese en César un precursor de Napoleón y que «Cesarismo» fuera precisamente el término empleado para describir el régimen despótico practicado por el gran Corso y sus epígonos, monárquico y democrático en la forma, militar en la esencia³; el concepto quedó tan asociada al *modus constituendi*⁴ de los Napoleones que el entusiasmo por César podía hacer pasar por bonapartista a un liberal certificado como Th. Mommsen⁵.

Por el contrario, bonapartismo y cesarismo eran dos caras de la misma moneda para otro historiador ilustre⁶, Napoleón III, que posiblemente consideraba ambos epítetos un timbre de honor. Tal fue la identificación de Emperador de los franceses con César que el plan del golpe de estado del 2 de Diciembre era el «dossier Rubicon» y la manifestación más conocida y completa de la *Cesarolatría* del pasado siglo salió de su pluma: la *Histoire de Jules César*⁷. El prefacio de la obra explica que el objetivo era situar la obra de César en la perspectiva global de la Historia romana para mostrar cómo la intervención de un personaje providencial concedió al Imperio una nueva y multiseccular vitalidad. El planteamiento deja claro los réditos políticos y dinásticos que se esperaban de la Historia, ya que el argumento hacía inevitable la comparación entre dos hombres excepcionales, César y Napoleón, a la vez que sugería otro interesante paralelo: del mismo modo que Augusto llevó a término las reformas imaginadas por su tío e impuso la *pax romana* propiciadora de la prosperidad general, el proyecto político del primer Bonaparte sería concluido

³ Sobre el Cesarismo, F. Ruestow, *Der Caesarismus, sein Wesen und Schaffen*, Zurich, 1879 y W. Roscher, *Politik, Geschichtliche Naturlehre der Monarchie, Aristokratie*, Stuttgart, 1893, 585-615; un juicio historiográfico, con abundantes referencias a la bibliografía citada y otra, en Z. Yavetz, «Caesar, Caesarism and the Historians», *Journal of Contemporary History*, 6-2, 1971, 184-201.

⁴ Cfr. Caes., *BCiv.* iii 20.

⁵ Z. Yavetz, *Julius Caesar and his Public Image*, Londres, 1983, 16; también V. Pöschl, «César en Allemagne: de Mommsen a Christian Meier», en R. Chevalier, *Présence de César. Hommage au Doyen Rambaud* (Coll. Caesarodunum XX bis) París, 1985, 407-9.

⁶ Quizá algunos consideren este calificativo exagerado, pero quienes lo hacen quizá olviden —además de lo que se dice a continuación— que el Emperador de los franceses fue el fundador del *Musée des Antiquités Nationales* de Saint-Germain-en-Laye, precursor de los Museos arqueológicos modernos, y de la *Ecole Pratique des Hautes Études*, cuya sección de *Sciences historiques et philologiques* es reconocida universalmente como una de las instituciones más renovadoras de la investigación histórica. Nótese también que Napoleón III patrocinó —entre otros proyectos históricos— la edición de las obras completas de Bartolomeo Borghesi (R. de la Blanchère, *Histoire de l'Épigraphie latine depuis les origines jusqu'à la publication du «Corpus»*, París, 1887, 54-55).

⁷ *Histoire de Jules César*, París, 1865-6, vol. I, pp. IV-VI.

por su sobrino; recuérdese que el lema de éste era —precisamente—, *l'Empire c'est la paix*⁸.

A pesar de la tara propagandística, el trabajo histórico de Napoleón III es mucho más que un argumento *pro domo* mejor o peor desarrollado, ya que incluye también un conjunto de investigaciones que causaron sensación en la época y aún siguen teniendo cierto interés⁹. Me refiero, claro está, a las exploraciones llevadas a cabo para reconocer, identificar y excavar los lugares descritos por César y por los anónimos autores de las mediocres secuelas que forman el *corpus* cesariano. Indudablemente, sólo el Emperador de los franceses tenía los recursos económicos y la influencia diplomática suficiente para llevar a término un ambicioso plan que abarcaba la totalidad de los países del Mediterráneo, aunque, como es lógico, se prestó especial atención a la geografía del *de bello Gallico*. Los frutos más notables fueron la localización de Gergovie y del *oppidum* de Alésia en Alise-Sainte-Reine, en Borgoña. En este lugar, los trabajos arqueológicos pusieron al descubierto la circunvalación y los dispositivos poliorcéticos empleados por los ingenieros legionarios para expugnarlo; esos hallazgos y las reconstrucciones gráficas ofrecidas por Napoleón III han sido habitualmente empleadas como *loci classici* en los tratados modernos sobre el ejército republicano, su armamento y sus técnicas de asedio¹⁰.

Fueron muchas las incidencias que afectaron a un proyecto de esta envergadura, y, entre ellas, las más importantes fueron sin duda las altas ocupaciones de su imperial autor. Sólo una parte de la obra, la que cubre la vida de César hasta el Rubicón, había sido impresa¹¹ antes de que el deterioro progresivo de la situación interna francesa y las cada vez más tensas relaciones con Prusia impidieran su prosecución; Luis Napoleón abdicó y murió sin ver completo el libro, a pesar de que la investigación y el trabajo de campo sobre la fase

⁸ Sobre la atracción de ambos Napoleones por César, *vid.* la obra de Gundolf (cit. nota 1) y R. Poignault, «Napoléon Ier et Napoléon III lecteurs de Jules César», en R. Chevallier, *Presence...* (cit. nota 5), 329-345.

⁹ Cfr. el juicio de S. Reinach, *Manuel de Philologie classique*, vol. I, París, 1883, 21: «le résultat d'un vaste travail collectif de critique et d'érudition». Para una lista de los colaboradores de Napoleón III, que incluye a P. Mérimée, W. Froehner, L.F. Caignard de Saulcy y otros, cfr. B. Hemmerdinger, «L'Histoire de Jules César par Napoleon III et Stoffel», *QS*, 13, 1987, 5-22 y E. Rabeisen, «Les hommes de l'Empereur ou les pionniers des Antiquités nationales», en *Vercingétorix et Alésia*, París, 1994, 240-4.

¹⁰ *Histoire de Jules César*, 316 ss. y láms. 27-28. Cfr. J. Kromayer y G. Veith, *Heerwesen und Kriegsführung der Griechen und Römer*, Munich, 1928, 442 ss.; L. Keppie, *The Making of the Roman Army*, Londres, 1984, 89-96, reproduciendo las láminas de Napoleón III arriba citadas; M.C. Bishop y J.C.N. Coulston, *Roman Military Equipment: From the Punic Wars to the Fall of Rome*, Londres, 1991 y los artículos correspondientes de M. Reddé y S. von Schnurbein en *Vercingétorix et Alésia*, (cit. *supra* nota 9), 246-90.

¹¹ Por razones fáciles de imaginar, la obra imperial conoció un gran éxito editorial; la edición original, la de la Imprimerie Imperiel, se editó en dos volúmenes de texto y un atlas de láminas en gran formato; hay además una edición popular en formato menor y diversas traducciones a otros idiomas; la edición castellana fue obra de Eugenio de Ochoa, autor de una de las más reproducidas traducciones en prosa de Virgilio (cfr. J.L. Vidal, «Introducción general», en P. Virgilio Marón: *Bucólicas, Geórgicas, Apéndice virgiliano* (Biblioteca Clásica Gredos), Madrid, 1990, 136).

siguiente de la vida de César estaba terminado antes de 1870. Que los sucesos posteriores no hicieran vano el esfuerzo y que la empresa alcanzara el término imaginado por su autor, fue gracias a la intervención del coronel Eugène Stoffel, el ayudante de campo imperial encargado desde 1862 de supervisar la marcha de los trabajos arqueológicos e históricos relacionados con la biografía cesariana; a partir de 1879, forzosamente retirado del ejército, fue quién concluyó el proyecto, publicado en 1887 en un formato similar a los volúmenes precedentes¹². Stoffel estuvo al frente de las excavaciones de Alésia y precisamente el redescubrimiento en 1949 de una parte de la documentación de esos trabajos ha permitido una valoración de lo realizado entonces y nuevas excavaciones que, en líneas generales, confirman los hallazgos e interpretaciones de la época de Napoleón¹³.

Con buen conocimiento de causa, el difunto Joël Le Gall recordaba en un número anterior de esta revista¹⁴, cómo la necesidad de documentar las dos campañas cesarianas ocurridas en Hispania, la de Ilerda en el 49 a.C. y la de Munda cuatro años después, obligó a Stoffel a visitar España en 1863. Su investigación se encuadraba en una tendencia historiográfica interesada sobremanera en la reconstrucción minuciosa de las grandes batallas, especialmente aquellas de la Antigüedad, como un instrumento de análisis científico de la guerra y su conducción. Para llevarlas a cabo, algunos países europeos, convencidos de su utilidad en caso de conflictos futuros, dotaron a sus nacientes Estados Mayores de servicios de Historia Militar. Los practicantes de esta disciplina casi autónoma fueron mayormente militares ilustrados o profesores universitarios movidos por un intenso afán patriótico de corte militar y los presupuestos de sus indagaciones merecen más atención de la que se le ha prestado hasta ahora¹⁵. El esfuerzo estaba sin duda guiado por una buena dosis de curiosidad histórica pero el fin último era encontrar el oráculo que contestase satisfactoriamente la cuestión abierta al menos desde los tiempos de Tucídides: por qué se ganan o se pierden las guerras o, si se quiere formular en términos más clásicos, qué es lo que hace victoriosos a los grandes capitanes. La cuestión la zanjó la amarguísima experiencia de la Primera Guerra Mundial, que reveló la inoperancia en situaciones críticas de cualquier planteamiento teórico.

¹² E. Stoffel, *Histoire de Jules César. Guerre Civile*, París, 1887, dos volúmenes + atlas.

¹³ Sobre Alésia, las excavaciones napoleónicas y las actuales, vid. A. Noché, «Alésia: fouilles de Napoléon III et fouilles récentes», *Ogam*, 10, 1958, 105-20; J. Le Gall, *Alésia: archéologie et histoire*, París, 1963; y el definitivo estudio de J. Le Gall, *Fouilles d'Alise-Sainte-Reine (1861-1865)*, París, 1989. Un informe de los resultados recientes en *Vercingétorix et Alésia* (cit. *supra* nota 9), 246-60. Sobre el episodio cesariano, vid. J. Harmand, *Une campagne césarienne: Alésia*, París, 1967.

¹⁴ J. Le Gall, «Un exemple de collaboration franco-espagnole en archéologie au siècle dernier: Napoléon III fait rechercher les traces des campagnes de César en Espagne», *Gerión*, 5, 1987, 9-14.

¹⁵ A. Bucholz, *Hans Delbrück and the German Military Establishment. War Images in Conflict*, Iowa City, 1985, 19-50.

Pero volviendo a la misión española de Stoffel, el primer problema con que se enfrentó el militar francés fue la ausencia de una cartografía suficientemente precisa y detallada que permitiera llevar al terreno los datos de las fuentes antiguas y reconstruir, según los métodos habituales entonces en los Estados Mayores, el posible desarrollo de las operaciones en Ilerda y Munda. Para paliar esta dificultad, a instancias del propio Stoffel, el Emperador solicitó la colaboración del gobierno de Isabel II y una comisión militar española realizó sendos levantamientos topográficos en las provincias de Lérida y Córdoba. Sobre estos mapas Stoffel realizó sus estudios y ellos siguen constituyendo la base de las reconstrucciones modernas sobre las batallas de Ilerda y Munda.

Lo que se sabía sobre la participación española en esta empresa científica era lo contado por el propio Stoffel y Le Gall concluía su artículo sugiriendo a los estudiosos españoles lo interesante que sería localizar en nuestros archivos información sobre la estancia de Stoffel, sobre sus contactos con la erudición nacional y sobre algunos puntos mencionados de pasada en la *Histoire de Jules César* pero cuyo conocimiento sería ahora del mayor interés, singularmente las excavaciones llevadas a cabo en los alrededores de Montilla¹⁶. Me parece un deber de cortesía —y un homenaje al difunto decano Le Gall— darle respuesta en la misma sede en que fueron hechas sus demandas. Pasando por alto otros asuntos ya tratados en trabajos anteriores¹⁷, me centraré en inventariar la documentación sobre el asunto existente en los Archivos españoles, así como a algunos comentarios sobre su valor arqueológico e histórico.

Básicamente, la documentación sobre la colaboración de los militares españoles al proyecto biográfico de Napoleón III se encuentra dispersa en los siguientes depósitos documentales.

I. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares

Contiene dos series de documentación distintas, el legajo 741, caja AE 5590: «Comisiones científicas y militares», procedente del archivo de la Embajada de S.M. Isabel II en París; y el legajo EC 6176-2, con documentación del Ministerio de Fomento, que más tarde se subdividió en otras carteras, entre ellas la de Educación¹⁸. Ambas series se refieren a la visita de E. Le Barbier, *ancien membre de l'Ecole française d'Athènes*, enviado por el Emperador a Madrid a

¹⁶ Le Gall, *art. cit.*, nota 14, 14.

¹⁷ J. Gómez-Pantoja, «A la recherche de César. Stoffel en Espagne», *Actes du 118e Congrès national des sociétés savantes. Pau 1993*, en prensa. J. Gómez-Pantoja y A. Güemes, «Tras las huellas de César en España», *Actas del III Congreso Peninsular de Historia Antigua (Vitoria, julio 1994)*, en prensa; corresponde a las pp. 301-8 del volumen de *Preactas*.

¹⁸ Cfr. C. Ramos, *Catálogo de la documentación de archivos, bibliotecas y museos arqueológicos del Archivo del Ministerio de Educación Nacional*, Madrid, 1950, s.v. «Autorizaciones a investigadores».

fines de 1860 para «copiar códices griegos y latinos anteriores al siglo X»; esta comisión, nunca mencionada antes en relación a nuestro asunto, no tuvo demasiado éxito y ocasionó una queja directa del Emperador a Alejandro Mon, entonces nuestro embajador en París, que fue rápidamente transmitida a Palacio; por las explicaciones pedidas a Fomento, se sabe que se dió acceso a Le Barbier a las Universidades, Museos, a la Biblioteca Nacional y a la Academia de la Historia, donde el comisionado francés pudo «copiar inscripciones romanas inéditas y otras preciosidades que estaban reservadas a nuestros curiosos para que no se desvirtuasen antes de que vieran la pública luz en las memorias académicas». No conozco en qué pararon las investigaciones de Le Barbier ni qué fue de él mismo¹⁹; ambos extremos son de interés porque la estancia en España formaba parte de un plan más vasto que debió involucrar a más estudiosos franceses: otro *ancien membre* de la Escuela de Atenas, Leon Heuzey, era en 1861 jefe de la misión arqueológica en Macedonia encargada del estudio de la topografía histórica del Ilírico, Tesalia y Macedonia; terminada la tarea, los resultados fueron enviados al Emperador y Stoffel hizo uso de ellos para narrar las campañas contra Pompeyo²⁰.

II. Archivo General Militar, Segovia

Allí se conserva la documentación más abundante e informativa; por una parte, en la 2.^a sección, 3.^a división, hay un legajo (n.º 184) específicamente dedicado a las «Campañas de Julio César en España», que contiene los informes y oficios cruzados entre varias dependencias militares sobre la planificación y ejecución de la tarea. Entre estos documentos destacan por su interés las copias de la correspondencia de Stoffel con el Ministro de la Guerra español, las instrucciones —que recomiendan poner «un cuidado especial en indicar convenientemente en los planos, los vestigios de vías romanas, ruinas y restos de centros de población o campos atrincherados que se descubran en el terreno»— para el reconocimiento topográfico de 1864 en la zona de Córdoba y Lérida y el informe final de éste, así como de su remisión a París a mediados del año siguiente. Este dossier, además, permite saber algo hasta ahora ignorado y es que el propio Napoleón III, en carta autógrafa de 18 de julio de 1867, solicitó a Narváez una segunda exploración en las mismas regiones, pero

¹⁹ Agradezco a M. Roland Etienne, actual director de la *Ecole française d'Athènes*, la búsqueda en el archivo de su instituto del expediente de este antiguo pensionista; los papeles no están allí y Etienne me comunica su sospecha de que pudieron ser enviados a la *Académie de Belles Lettres et Inscriptions*, donde se depositó una parte de la documentación de las *Ecoles françaises* en el extranjero.

²⁰ Stoffel, *op. cit.*, nota 12, vol. II, 240 nota 1. Esos informes fueron publicados por el propio Heuzey años después: *Les opérations militaires des Jules César, étudiées sur le terrain par la mission de Macédoine*, París, 1886.

ampliando la primera; anejo a este encargo, se indicaba también la conveniencia de realizar excavaciones y sondeos en diversos puntos de las comarcas reconocidas, singularmente en Mequenza (Zaragoza) y en varios lugares de los alrededores de Espejo, la antigua *Ucubi*, en la provincia de Córdoba. De los trabajos arqueológicos se conservan los expedientes de cuentas, varios someros informes de su desarrollo y algunos inventarios de hallazgos; se mencionan igualmente, colecciones de fotografías de los objetos antiguos encontrados y unas Memorias descriptivas que, sin embargo, no están archivadas junto al resto de la documentación. Esta ausencia puede quizá explicarse porque una parte del archivo, los datos cartográficos, eran útiles para la formación del Mapa militar de España a escala 1:50.000, una empresa comenzada por esos años, mientras que los informes y memorias resultantes de la segunda misión se remitieron a Napoleón III. El corresponsal imperial era el mismísimo don Ramón M.^a Narváez, Presidente del Consejo y Ministro de la Guerra desde el 10 de julio de 1866 hasta su muerte en Abril de 1868; precisamente, su fallecimiento, la confusión política reinante en nuestro país y la preocupante situación internacional, debieron retrasar el envío de la documentación a París y quizá extraviarla definitivamente; en este sentido, una carta del 17 de Mayo de 1868, de Rafael Mayalde, sucesor de Narvaéz en la cartera de Guerra, a Carlos Marfori, albacea del difunto Duque de Valencia informa que en esa fecha el resultado de los trabajos de los militares españoles aún no había llegado a París. Como Stoffel no menciona para nada esta comisión en su libro ni parece haber hecho uso de sus datos, tengo la impresión de que los documentos españoles nunca se recibieron en las Tullerías, o si llegaron, no se les debió prestar excesiva atención dada la revuelta situación internacional.

Por otro lado, el Archivo militar de Segovia conserva también en su 1^a sección, los expedientes personales de los Jefes y Oficiales involucrados en la realización del encargo histórico-arqueológico de Napoleón III. Este material, perfectamente catalogado²¹, es útil por varios motivos: por una parte, las Hojas de servicio de los militares encargados de los reconocimientos topográficos permiten reconstruir con precisión sus movimientos y los lugares que exploraron; por otro, justifican y explican el singular aprecio que Stoffel manifiesta al Coronel de Velasco y al Comandante Sánchez Molero, cuyas opiniones cita en varias ocasiones en relación con las campañas hispanas. El primero fue Jefe del Gabinete Cartográfico del Estado Mayor y coordinó personalmente la empresa, lo que sin duda, le valió su ingreso en la Legión de Honor inmediatamente después de concluir la primera campaña de levantamientos cartográficos. El segundo, por su parte, realizó el trabajo de campo en las dos campañas de exploración en Andalucía y todo apunta a que acabó convirtiéndose en el hom-

²¹ Vid. *Archivo General Militar de Segovia. Índice de expedientes personales*, Madrid, 1962, varios volúmenes.

bre de Stoffel en España, posiblemente a sueldo del propio Emperador, lo que dió lugar a un par de incidentes con las autoridades españolas. Sánchez Moleiro dirigió las «ligeras» excavaciones al sur de Espejo, lo que provocó el enfrentamiento con un erudito cordobés, Luis Maraver y Alfaro, causa, a su vez, de que lo hallado pasara a ser una de las colecciones fundacionales del Museo Arqueológico Nacional. Este oficial también es autor de una poco conocida monografía cuya mayor utilidad reside en sus observaciones sobre restos antiguos vistos por él durante una cuidadosa exploración de la comarca de Montilla en busca de Munda²².

III. Servicio Geográfico del Ejército. Cartoteca Histórica, Madrid

Esta institución conserva las minutas y los borradores de los planos formados por las dos comisiones militares españolas. Las series no están completas y faltan también las memorias anejas. Los mapas de la Cartoteca, realizados a gran escala (1:5000 y 1:20000) fueron la base de los que se enviaron a París y su mayor interés histórico estriba en que permiten determinar las áreas añadidas en la segunda comisión para completar los trabajos de la primera. Este material está perfectamente catalogado y es fácil su acceso y reproducción²³.

IV. Biblioteca del Palacio Real, Madrid

En su artículo, Le Gall dice ignorar el paradero de los mapas e informes remitidos a París en 1865 y supone que debieron desaparecer durante el asalto a la Tullerías. Por ello resulta una gran fortuna que los militares, al preparar el envío a Napoleón III, pensaran que «un deber de alta consideración hacia su S.M. la Reina Nuestra Señora obligaba a presentar a su Augusta Persona otro ejemplar completo de los trabajos». La Biblioteca del Palacio Real custodia una lujosa carpeta cuyas características coinciden con la descripción del material enviado a París y la comparación de lo publicado por Stoffel con el contenido de la carpeta, revela que el Coronel de Velasco es el autor de las pintorescas vistas de Lérida y de la campaña de Montilla reproducidas en el libro de Stoffel²⁴.

²² *Breve reseña de las Campañas de C. Julio César en España*, Madrid, 1867; curiosamente, existe una traducción al francés de F. X. Franquet, *Bres résumé des campagnes de Caius Iulius César en Espagne*, París, 1868.

²³ Servicio Geográfico del Ejército, *Índice de Mapas y Planos históricos de España*, Madrid, 1971; igualmente, la Sección de documentación dispone de un *Catálogo de Mapas y planos* (Mss 1970) más detallado y esos datos están incluidos en la Base de datos «CARHIBE», del Servicio de Documentación del Ministerio de Defensa.

²⁴ C. Fernández Duro, *Noticia breve de las Cartas y Planos existentes en la Biblioteca Particular de S.M. el Rey*, Madrid, 1889, 197-198.

V. Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Una de las colecciones fundacionales del MAN se denomina «Ministerio de la Guerra» y está constituida por los objetos procedentes de las excavaciones realizadas en la zona de Espejo (Córdoba) para ilustrar las campañas de Julio César en España. La lista completa de lo hallado entonces puede rehacerse a partir de un inventario procedente del dossier militar, las fichas de catalogación realizadas en su momento en el MAN y el libro de entradas del Museo de Córdoba, al que también fueron a parar algunos objetos. El inventario incluye algunas piezas destacadas: «un Sileno, un busto (tamaño natural) de jaspe blanco y un grupo de cuatro figuras de jaspe blanco», amén de un ánfora de barro, fragmentos de teja y pavimentos, un sarcófago y «212 monedas de cobre de una y otra parte de las expresadas»²⁵. La adquisición de estos objetos por el MAN tenía un fundamento jurídico —lo hallado en excavaciones practicadas con fondos del Estado debería depositarse en el Museo de Madrid— pero había también una mucho más eficaz razón personal: los trabajos arqueológicos en Espejo se habían financiado con dinero del Ministerio de Fomento administrado por la Comisión de Monumentos de Córdoba; en su nombre, supervisó los trabajos L. Maraver, quien entendió que su tarea incluía la vigilancia del Comandante Sánchez Molero. El choque entre ambos co-directores fue inmediato y ante la discrepancia paralizante, el militar adelantó de su bolsillo el dinero preciso y llevó a cabo la misión. Maraver era amigo y protegido de J. Amador de los Ríos, primer director del MAN, lo que explica la inmediata reclamación de los hallazgos para la naciente institución museística; la entrega se hizo efectiva por R.O. del 21 de abril de 1868²⁶.

Con todo lo dicho creo que se contesta sobradamente a la primera de las cuestiones planteadas por Le Gall. Evidentemente, muchos de los documentos que he manejado son oficios e informes burocráticos, cuyo seco lenguaje descriptivo no constituye posiblemente la información ideal para un historiador de la Antigüedad. Desgraciadamente, aún no he podido localizar ni las Memorias de los trabajos cartográficos del Estado Mayor (que no constan en ninguno de los archivos militares visitados) ni los informes y observaciones derivadas de las excavaciones arqueológicas, lo que, sin duda, resultaría un material de gran interés. Igualmente queda por encontrar el dossier remitido a Francia en 1868,

²⁵ Archivo General Militar, Segovia, 2.^a Sección, 3.^a División, legajo 184: «Relación de los objetos hallados en las excavaciones practicadas al Sur de Espejo en el mes de Noviembre de 1867 por la Comisión encargada del levantamiento del plano topográfico para la historia de las campañas de Julio César en España». A. Marcos Pous, «Origen y desarrollo del Museo Arqueológico Nacional», en *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia del Museo Arqueológico Nacional*, Catálogo de la exposición, Madrid, 1993, 46; *vid.* además, A. Marcos Pous, «Letreros de ladrillos cordobeses con la fórmula cristiana antigua *Salvo Ausentio*», *Corduba Archeologica*, 11, 1981, 49-68.

²⁶ A. Franco, «Comisiones científicas en España de 1868 a 1875», en *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia del Museo Arqueológico Nacional*, Catálogo de la exposición, Madrid, 1993, 302.

es decir, los resultados de la segunda Comisión, de cuyos trabajos sólo aparecen las minutas cartográficas conservadas en el Servicio Geográfico del Ejército y los oficios que informan de la marcha de la tarea y de su remisión al General Narváez. Es muy posible que la muerte de este personaje y la trágica crisis política resultante impidieran la salida de España de esos papeles; en tal caso, quizá todavía formen parte del Archivo Narváez, que fue dispersado hace unos años: una parte se custodia en la Academia de la Historia y la otra marchó a Chile. La consulta de esos documentos resulta problemática para el firmante, puesto que a la ausencia de un catálogo del fondo se unen, en un caso, el impedimento de la distancia y en el otro, los motivos que comprenden bien quienes hayan tratado de buscar algo en la ilustre y centenaria Academia madrileña.